

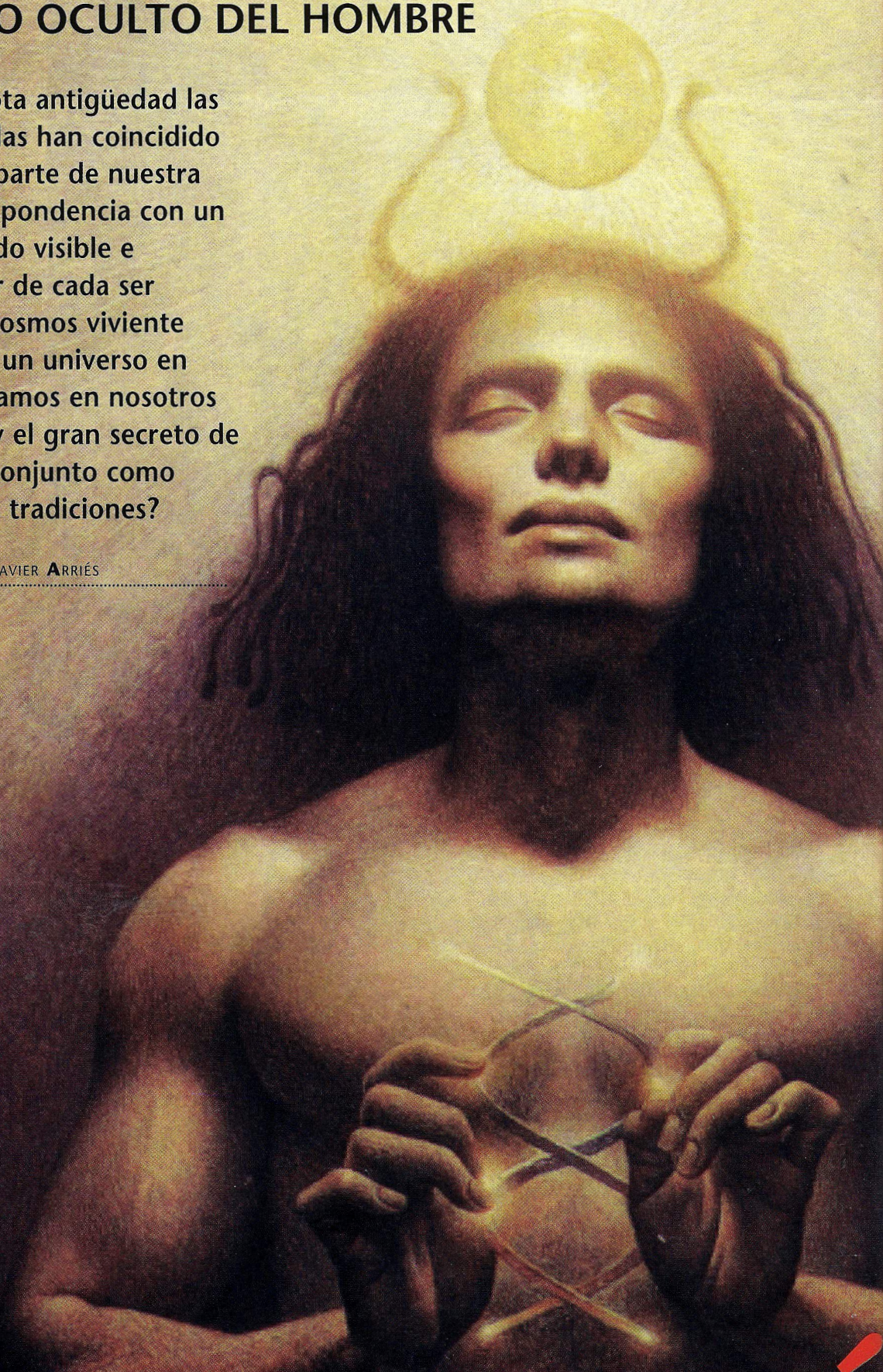
EL UNIVERSO OCULTO DEL HOMBRE

Desde la más remota antigüedad las culturas más alejadas han coincidido en atribuir a cada parte de nuestra anatomía su correspondencia con un elemento del mundo visible e invisible y en hacer de cada ser humano un microcosmos viviente ¿Somos realmente un universo en miniatura? ¿Guardamos en nosotros mismos las claves y el gran secreto de la Creación en su conjunto como sostienen todas las tradiciones?

FRANCISCO JAVIER ARRIÉS

JOHN JUDE VALENCAR

El cuerpo má



Nos encontramos en la Baviera renana, en pleno corazón de Europa. En una pequeña aldea un niño acaba de nacer. Conforme a una vieja costumbre alguien recoge el cordón umbilical y lo guarda en un trozo de lino viejo. Pasan unos meses y los parientes del niño desenvuelven el extraño paquete. Sin preguntarse nada más, concentrados, se disponen a cortar su contenido en pequeños fragmentos. Cuando crezca se convertirá en un hábil artesano.

¿Cuál es la lógica que se esconde tras esta aparentemente absurda ceremonia? Lo que hacen tiene una importancia capital. El cordón umbilical es una imagen del propio niño, del embrión del cual él mismo ha sido el resultado, es su «hermano» invisible, su propio cuerpo y lo que acaban de hacer es recrear el Universo. Envuelto en la más antigua de las luces, el viejo paño de lino, el hombre-Universo ha sido concebido y los dioses artesanos se disponen a crear el mundo con cada parte de su cuerpo. El niño y su cuerpo son, a la vez, el dios artesano y el hombre-Cosmos recién creado. Con cada una de sus partes se está estableciendo el propio mundo. ¡Él es el mundo!

Desde el punto de vista mágico, el hombre es un holograma del propio Universo, un microcosmos hecho a semejanza de Dios y de su Creación. Vale decir entonces que el Macrocosmos es un hombre gigantesco. En la mitología nórdica, los dioses crearon el Universo conocido con los fragmentos del gigante Ymir, a quien dieron muerte. Con su carne hicieron la tierra, de su sangre, los mares y los ríos; sus huesos dieron origen a las montañas; los

dientes, sus mandíbulas; otras partes duras son las piedras y guijarros; y su cráneo es la bóveda celeste. El mito contiene las correspondencias mágicas entre el cuerpo y cada parte del mundo físico. Los hindúes llaman Purusha al viejo gigante que fue ofrecido en sacrificio para crear el Universo: «El mismo Purusha es todo este universo, todo lo que ha sido y todo lo que será». Incluso parecen haber sabido que el Universo se expande como afirma la teoría del Big-Bang: «Él es también Señor de la inmortalidad, pues se expande al alimentarse». También lo conciben como origen del tiempo y de los ciclos universales. Este hombre gigantesco que es nuestro Universo es el mismo que la Cábala hebrea llama «Adam Kadmon»: el hombre primigenio. Sobre su figura inscriben el *Otz Chiim*, o «Árbol de la Vida», que lo contiene todo. Cada una de las partes del árbol se corresponde con una faceta del Cosmos y con una parte de la anatomía del Adam. Sus frutos son las *Sephiras* o *Sefirot*, las vasijas por las cuales, a través de los cuatro mundos, se transmite la luz divina que sostiene el Universo.

Hijos de las estrellas

Somos hijos de las estrellas; o quizá habría que decir que somos las propias estrellas. Así lo afirma Orígenes: «Comprende hombre que eres otro mundo en pequeño y que en ti se hallan el Sol, la Luna y las estrellas». Para los egipcios, el hogar de los dioses era el cielo. Las grandes divinidades se identificaban con los astros más brillantes. Isis es Sirio, la estrella perro; Osiris, la constelación de Orión; y los mor-

Egipto. Los justos son astros que iluminan el cielo; los condenados son estrellas invertidas, contraluces obligadas a vivir y caminar a la inversa.

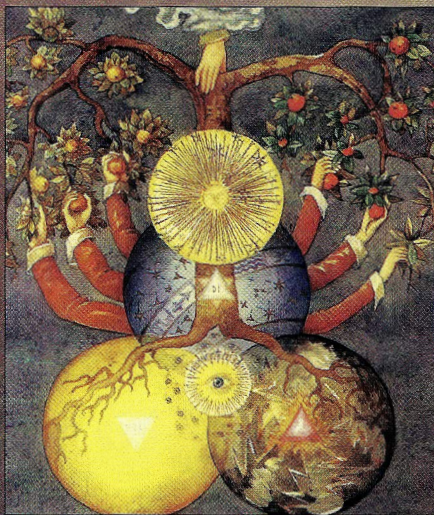
Todos los cuerpos celestes están contenidos, simbólicamente, en el ser humano. Por eso, cada signo del Zodíaco, cada planeta, tiene su correspondencia e influjo sobre una parte del cuerpo. La cabeza es el comienzo de todos los ciclos, la casa de Aries, identificada con la primavera. El verano está representado por Cáncer, «la puerta de los hombres», y se vincula al estómago, que corresponde al «nudo» de las emociones. El Otoño es el tiempo que se inicia con el paso del Sol por Libra, la balanza, y se asocia a los riñones. El último de todos los ciclos naturales, el invierno, es el dominio de Capricornio, la «puerta de los dioses», cuya correspondencia son las rodillas, punto intermedio entre los pies (lo material) y el resto del cuerpo (el Universo invisible).

El ciclo se reinicia de nuevo en Aries, la cabeza; y de hecho, muchos filósofos, como Platón, afirman que el hombre primigenio es circular, esférico, y sus pies tocan su cabeza. Sobre su superficie, como si de un Zodíaco humano se tratara, circulan las diferentes energías y «substancias» del Cosmos representadas por los planetas. ¿No es ésa la misma postura que tiende a tomar el feto en el vientre de su madre?

Más intrigante resulta la visión de los maestros taoístas de la escuela *shang-ch'ing*. Para esta corriente mística, emparentada con el milenarismo chamanismo chino, el hombre es tan vasto como el Universo y como éste está poblado de dioses y demonios. Como eje central de todo el sistema, está la constelación de la «fane-ga», la osa mayor, y la estrella polar, el punto «fijo» de la bóveda celeste. Para el iniciado la equivalencia es tal que la correcta contemplación del mundo interior guarda la clave oculta para poder viajar, en un estado de pura conciencia, a las regiones equivalentes del cielo profundo.

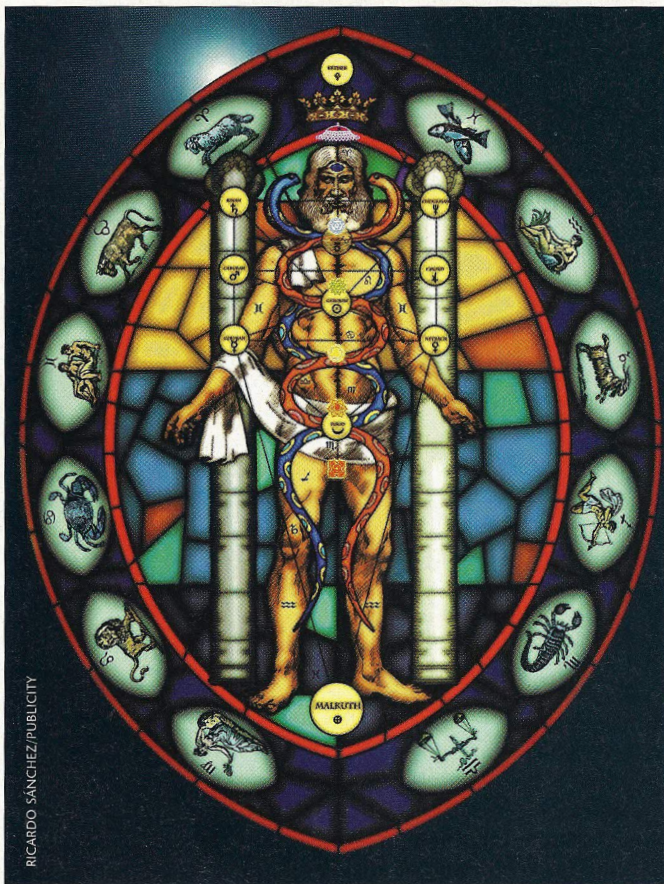
Somos el hábitat de dioses y demonios, fuerzas de diferente signo sobre las cuales se sostiene el Universo. Luz y oscuridad, atracción y repulsión, son caras de la misma moneda: dos polos cuyo origen es el mismo. Curiosamente, todas las dicotomías de la física clásica, materia y energía, corpúsculo y onda, electromagnetismo positivo o negativo, han resultado ser el mismo ente que se manifiesta de una forma u otra. Las dos formas diferentes de expresión de esa única realidad se expresan en el hombre-universo con sus dos costados simétricos, las dos columnas del Árbol de la Vida cabalístico, cuya esencia común es el pilar central, que se corresponde con la columna vertebral del hombre, la vara del caduceo de Hermes, a cuyo alrededor se ►

A la derecha, podemos apreciar un diagrama alquímico del Árbol de la Vida que conecta los mundos, con los símbolos anatómicos que destacan la identidad entre el ser humano y el universo. Copia en acuarela de un manuscrito alemán de 1785. *Símbolos secretos de los rosacruces.*



tales dignos de formar parte del cortejo de los dioses son otras tantas estrellas del firmamento. Las primeras representaciones del hombre como una estrella de cinco puntas, el pentagrama, proceden de

gico



RICARDO SÁNCHEZ/PUBLICITY

enroscan las dos serpientes simétricas, dos formas aparentes de una única fuerza que los hindúes representan como *Kundalini*: la serpiente dormida que se enroscala en la base de la columna vertebral. La polaridad se expresa asimismo en los ojos, el Sol y la Luna del hombre; o en su hemisferio cerebral izquierdo, que corresponde a la esfera de *Chokmah* en el Árbol de la Vida, y a la cual se da también el nombre de *Abba*, «Padre», y el hemisferio derecho, el lugar de la esfera de *Binah*, también llamada *Aima*, «Madre». El origen de ambas fuerzas se representa a menudo con el Hermafrodita, simbolizado por la glándula pineal, el «tercer ojo» de hindúes y budistas. Muchos dioses creadores poseen esta característica, como el Zurván de los iraníes, padre y madre a la vez de Ahura Mazda, el dios de la luz, y de Ahrimán, el Señor de las tinieblas. El ser humano, según la mayoría de los mitos,

Arriba, el Adam Kadmon con el Árbol de la Vida cabalístico. Izda, el Andrógino. Debajo, la escala entre el Cielo y la Tierra.

Platón creía que el hombre primigenio era un ser andrógino que Zeus separó en varón y mujer para debilitarlo

tades —masculina y femenina— se buscan de diferentes maneras. Entre los cabalistas y pensadores judíos se encuentra la misma idea. Para Maimónides, «Adán y Eva fueron creados juntos, unidos espalda contra espalda». Y para algunos autores cristianos incluso la bíblica «costilla» de Adán debería haberse traducido como «costado», porque ambos sexos nacieron de las mitades de un ser andrógino.

Las vigas del universo

En el Andrógino se expresa la dualidad esencia—sustancia, materia—energía. Esa misma polaridad está presente en el esqueleto del hombre—cosmos. Lo sólido, el elemento tierra, es el armazón material del Universo: los «huesos» del mundo. Tras ese armazón duro se encuentra la fuerza que lo anima: su médula. Por eso, el esqueleto no representa sólo a la muerte, sino al principio de la regeneración. El chamán contempla, durante su iniciación estática, cómo su carne es desgarrada entre intensos dolores, hasta que es despojado de todo lo perecedero y queda reducido literalmente a un esqueleto, a partir del cual nace un organismo nuevo. Muchos pueblos cazadores exponen a los elementos las osamentas de los animales cazados, convencidos de que la especie se regenera a sí misma.

Pero si los huesos son materia—energía, los dientes son espacio—tiempo. La costumbre de ensartar dientes en forma de collar no es sino un símbolo de la cadena de los acontecimientos. Son asimismo símbolos de las estrellas, y a nivel atmosférico se los asimila al granizo, mientras que desde el punto de vista terrestre son las piedras y las rocas. Los colmillos representan además a las fuerzas complementarias del Universo, y de hecho en los Vedas se les llama «padre» y «madre». Las «muelas del juicio», a su vez, se consideran uno de los asientos de la inteligencia. Los antiguos bardos irlandeses practicaban una forma de adivinación y de composición poética que incluía morder el pulgar con las muelas del juicio. Y es que los dientes participan del simbolismo del cráneo, la bóveda celeste, y de la cabeza, símbolo a su vez del Sol, cuyos rayos son los cabellos. Para los cabalistas, en el *Adam Kadmon* cada uno representa un canal a través del que se desplazan hacia el resto del Universo las fuerzas superiores de la divinidad. La importancia del pelo en algunas culturas, como por ejemplo entre los francos y los godos, era tal que un rey no podía gobernar si perdía la cabellera. El color tampoco escapa al simbolismo mágico. ►



El maquillaje de esta mujer tuareg destaca especialmente el simbolismo de los ojos, que corresponden al Sol y a la Luna.

hecho «a imagen y semejanza» de su creador, era hermafrodita al principio de los tiempos. Platón lo describe como esférico, con dos caras y ambos sexos. Su fuerza era tal que el propio Zeus lo partió en dos para debilitarlo. Desde entonces, las dos mi-



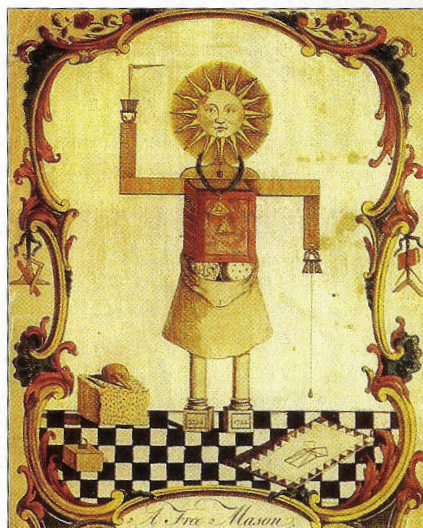
Cuando es rubio resalta su carácter solar. El rojo, sin embargo, es tenido por muchas culturas como un símbolo maléfico. En el antiguo Egipto las personas pelirrojas eran consideradas peligrosas porque se las asociaba al dios Seth, el asesino del benéfico Osiris, y en muchos países árabes se considera que las personas que tienen este color de pelo tienen el poder de irradiar el temible mal de ojo. El cabello negro, en cambio, se asocia a las fuerzas telúricas o a la noche cósmica. Entre los hindúes, por ejemplo, la cabellera negra de Shiva es el propio espacio entre las estrellas.



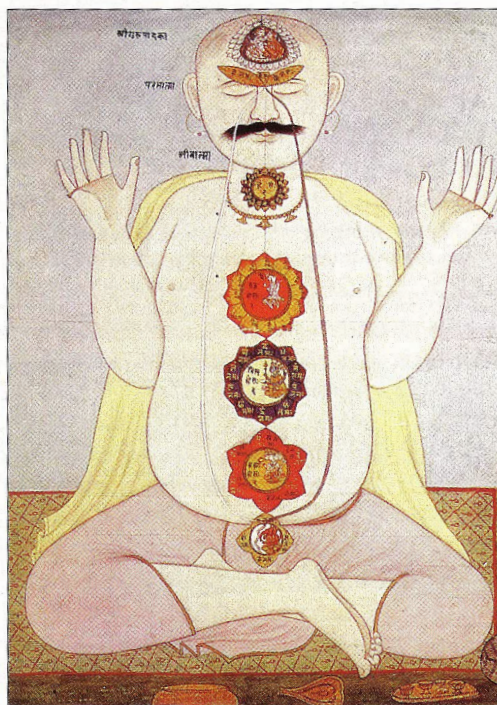
Precisamente, el espacio es la manifestación física del elemento *Akasha* de los hindúes, el éter o la quintaesencia de los alquimistas, del cual derivan los cuatro constituyentes fundamentales del hombre y del Universo.

Cabeza y cabellos son las raíces del árbol microcósmico, el mundo de los arquetipos, simbolizado por la primera esfera o *sefirot*, la corona del *Adam Kadmon*, u hombre primigenio; y también representan la cabeza, en la cual aparecen las dos fuerzas bipolares. El universo perceptible comienza a partir de este punto. Un abismo separa estos dos mundos «ideales» del Universo: la garganta, donde se sitúa la esfera invisible de *Daath* en el Árbol de la Vida. La columna vertebral es el eje que une todos los mundos de arriba abajo y también el pilar sobre el que se sostiene el Universo; la misma idea que los egipcios representaban mediante el *djed*, un pilar que era la columna vertebral del dios Osiris. Para el cabalista es la escala que Jacob vio en sueños y por la cual bajaban y subían ángeles. Por cierto, ¡una representación muy acertada de los impulsos nerviosos que viajan a través de la médula espinal!

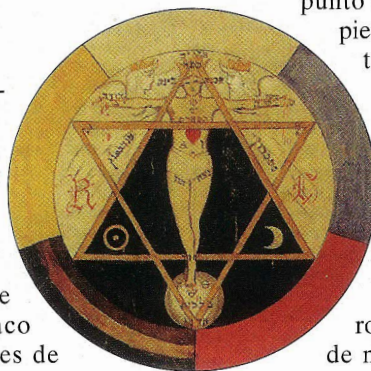
Descendiendo por la columna nos encontramos con el corazón, el Sol del sistema que es cada ser humano, cuyo calor anima al resto. Esta identificación del corazón con el Sol, se expresa de forma dramática en el mito amerindio de Teotihuacán, según el cual el Sol y la Luna se negaron a rodar hasta que



Grabado masónico del siglo XVIII en el cual las distintas partes de la figura humana son símbolos de esta tradición.



Arriba, pintura india que representa los 7 *chakras*. Abajo, sello de la Sociedad Teosófica: el Adam Kadmon inscrito en la estrella de 6 puntas.



no fueron alimentados con el corazón y la sangre de los dioses. Por eso, los sacerdotes aztecas renovaban las energías del astro rey, ofreciéndole el órgano cardíaco palpitante de miles de víctimas humanas.

La misma función de centro cumple el ombligo. A partir de ese punto parece formarse el embrión humano. ¿Qué hay comparable en nuestro Universo físico? Quizá, ese punto mítico desde el cual se inició la expansión del Universo.

El esternón actúa de eje entre ambos centros, ombligo y corazón; y también los relaciona con los pulmones, las cuevas del hombre universal, por las cuales circula el aliento y el aire, la atmósfera propia del ser humano. Para los chinos este órgano es un «ministro», el intermediario entre el microcosmos y el macrocosmos.

mos. Por otro lado, el esternón conecta dichos centros con el aparato digestivo y los intestinos, donde según los egipcios se almacenaba el *heka*, el poder mágico, y con el hígado, órgano al que siempre se le ha atribuido la sede de los aspectos burdos de la inteligencia, como la cólera. Comerse el hígado de los enemigos para adquirir su valor era una costumbre usual en la antigua China. Las vísceras abdominales son la fragua donde se transforman las fuerzas y energías. Para los alquimistas constituyen el «atanor» o recipiente donde el plomo se convierte en oro a semejanza del proceso natural, que creían se llevaba a cabo en el interior de la Tierra.

La fábrica de la vida

Si seguimos descendiendo llegamos al final de la columna, que sirve de sostén a los mundos. En los genitales se sitúa la fuerza generadora. A partir de ahí, se «cristaliza» el Universo físico. La esfera del Árbol de la Vida que se sitúa en ese punto se llama «Fundamento».

Las piernas actúan como sostenes intermedios entre el origen de la energía y el mundo material.

Se trata de símbolos de fuerza y estabilidad en todas las culturas. Las rodillas, sin embargo, son las que permiten la movilidad. En la Edad Media era habitual representar a Cristo con espirales en las rodillas, semejantes a la forma de nuestra galaxia. Conocer ese

punto equivale a conocer el mundo. A Pitágoras se le identificaba como «el maestro de la rodilla de oro», y en muchos ritos iniciáticos, como en la masonería, el candidato avanza con una rodilla al descubierto. Los pies, por último, representan el punto más sólido de la Creación, el auténtico mundo que percibimos. Corresponden a la última esfera en el Árbol cabalístico, dividida en cuatro porciones para representar los cuatro elementos. Con los pies, las divinidades que representan al hombre cósmico miden las dimensiones del Universo, como los tres pasos con los cuales el dios hindú Vishnú abarcó toda la Creación. Curiosamente, el talón es el punto débil y la herida en esta parte del pie supone una ruptura entre el Universo visible y el invisible.

Como podemos apreciar, en la visión mágica del mundo que hemos comentado, cada parte de nuestro cuerpo participa de una fuerza del Universo. Quizá, haber perdido esa visión integradora sea nuestro propio «talón de Aquiles», porque hemos olvidado que somos hijos de las estrellas... y, también, somos las mismas estrellas. ■